



La Falla

por Pedro Mirigliano

Desde el 6° asiento del colectivo, Esteban observa la espalda, las caderas y el sensual movimiento de la pollera de una señorita rubia parada delante, del otro lado del pasillo; La mira tan fijo que en casi entra en su vida; después, y sin dejar de mirarla, ella ya no esta, o no exactamente, ha cambiado: la señorita es un policía; el escolar, un señor de bigotes; el vendedor ambulante, una señora de rulos y chanquetas, y así todos. El mismo no parece ser el mismo: De corredor de una fábrica de galletitas y que viaja a Villa Urquiza a visitar un cliente, ahora está vestido de cartero y lleva un voluminoso portafolios azul con letras doradas que dicen Empresa de Correos. El colectivo dobla en Comodoro Pí.

- ¡Pare, pare!

- ¿Qué pasa cartero, perdió algo?

No se atreve a contestar lo que piensa.

- Me equivoqué de ruta.

Salta del colectivo aún en marcha y se mete en un bar; se pone a hojear la correspondencia: Juana López, Pinzón N°... Textil Segura, Patricios N°... etc., remitidos todos de oficina central... Transpira. El mozo se acerca y deposita un cortado mitad y mitad sobre un costado de la mesa.

- ¿Qué tal amigo, ¿mucho para entregar hoy?

- Lo de siempre –contesta mecánicamente; mira el cortado y al mozo que se aleja .

- Mozo, venga.

- ¡Vamos hombre!, que para usted soy Atilio,

- ¿Puede sentarse un momento... Atilio?, quiero preguntarle algo privado.

El mozo se pone la servilleta en el hombro como una banda y, apoyando la bandeja en la otra punta de la mesa, se sienta despacio.

- Ya que lo menciona, yo también quiero preguntarle algo desde hace tiempo.

- ¿Cuánto tiempo?

- Dos años.

- ¿Hace dos años que vengo?

- Dos años y cuatro meses, me acuerdo porque fue cuando desapareció el novio de la viuda -lo mira fijo- ese día apareció usted y se puso a revisar el bolso un tanto nervioso, igual que el cartero anterior, ése que el primer día me preguntó lo mismo que usted, "¿hace mucho que vengo acá?" Y así vino y se fue, sin saludar. Más de tres años y ni una despedida, y justo el día en que desaparece el novio de la viuda; diga ¿no es curioso?, ¿deformación laboral?, ¿demasiadas zonas?; yo me imagino que una persona responsable



que relaciona tantas caras con tantas direcciones puede llegar a enloquecer un poco.

- ¿Eso me quiere preguntar, si estoy loco?

- No, eso es lo de menos. Yo quiero preguntarle por su compañero, el cartero anterior; a mí no me importa que se haya ido con otro hombre, lo que quiero saber es si va a volver, porque a mí me interesa la viuda ¿me comprende? Como trabajaban juntos, usted debe saber: ¿el tipo sigue con su compañero?... porque se fueron juntos ¿no? Todos los veían hablando bajo.

- Difícil decirle, son horarios distintos y casi todos tenemos un carácter muy reservado, casi una deformación profesional –sonríe- voy a ver qué le averiguo.

- Gracias, sabía que podía contar con usted.

Metódico y meticuloso reparte la correspondencia y se va para la Oficina central de Correos.

Unos veinte uniformados como él, entran o salen del edificio. Busca la oficina del jefe. Un hombrecillo regordete de alrededor de 50 años está anotando cifras en una pizarra. Entra sin golpear.

- ¿Qué pasa Martínez, algún problema? -Dice el jefe sin dejar de escribir en la pizarra y dándole la espalda.

- ¡Basta de farsa, dígame qué pasa, qué hago acá!

El jefe se da vuelta y lo mira un momento.

- Martínez... ¿entonces aún no lo sabe?

- ¡Qué Martínez ni que ocho cuartos! Yo, yo, yo soy -casi no lo recuerda- soy Esteban Gar...Gad... ¡Esas malditas cartas! –piensa. Sobre el escritorio ve un paquete de Criollitas.

- ¡Y qué tengo que ver con las galletitas! Yo trabajé siempre para El Aguila, famosa por sus galletitas de chocolate.

Tenía, era, querrá decir, antes de la fuga.

- ¿De que habla?

- Siéntese, para que no se crea un loco le voy a aceptar que se llama... o llamaba Esteban y que está... o estaba en el negocio de las galletitas; usted, por lo menos, sabe eso. Yo, de mí, sólo puedo adivinar que mi pasado tiene que ver con los números y las pizarras... tal vez fui corredor de bolsa o de apuestas, ¡quién sabe!... la cuestión es la fuga.

- ¡Qué fuga! ¿La fuga de quién?

- La fuga del tiempo; usted debe saber que el tiempo fuga hacia adelante, nunca para atrás; si usted empuja con su mano una copa de la mesa, después, ésta cae al suelo, no antes; no puede caerse antes de ser empujada. Esa es la proyección normal del tiempo. Suponga o crea, de eso se trata, que el tiempo en un determinado momento discurre hacia el costado, a otro plano, donde una acción provoca una reacción distinta, inesperada; eso es lo que le pasó a usted. Y a mí y ¡quién sabe a cuántos



otros! Tal vez sea pasajero... o tal vez no tenga retorno. ¿Nunca creyó estar en alguna situación y de pronto preguntarse: ¿qué hago yo acá?

- ¿De qué me habla, me quiere volver loco?

- De un descarrilamiento del tiempo le hablo; un tiempo ingresando a otra serie de respuestas. Que al instante A no lo suceda el instante B y, que a éste el C; sino que el tiempo fluya hacia el costado. El tiempo ingresando en una serie de causas y efectos que no son los esperados. Esto es lo que sucede: un pequeño salto en la sucesión. Ayer usted vendía galletitas, hoy es cartero, ¿para siempre?... quién lo sabe; tal vez mañana, al golpear una puerta para entregar una carta, se encuentre con un ramo de rosas o con usted mismo versión galletitero y recupere un pedazo de su vida anterior o quizás vaya –vayamos– por el tiempo en un continuo zig-zag, mutando en forma perpetua y enfrentando situaciones inesperadas.

- ¡Yo habré tenido una familia, una novia, amigos y ahora, de pronto, no tengo nada!

- ¿Está seguro de eso? Supongamos que sí, haber tenido una vida anterior no significa que haya sido buena y, por otra parte, nada le garantiza una duración determinada, porque felizmente a la vida no se la puede poner a plazo fijo. La vida es un amor en cualquier esquina, un amigo en cualquier barrio, una traición en cualquier momento. Usted debe saber –si no lo sabe ya– que todas las historia terminan mal si se espera lo suficiente.

Esteban se deja convencer por tales argumentos le parece más atractivo pensar para adelante (aunque fuera de costado) y se aleja a paso de murga, con un clavel en la boca y revoleando el portafolios hacia ese futuro incierto.

FIN

Autor: Pedro Mirigliano, Argentina.

Relato Inédito.

Hyperespacio Andrómeda www.libroandromeda.com

El autor ha cedido a Libro Andrómeda el derecho de publicación esta obra en nuestra web, con la siguiente condición, de acuerdo con las opciones de protección de los derechos de propiedad intelectual existentes para la difusión en internet:

Reconocimiento - Sin obra derivada - No comercial: El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial. No se pueden realizar obras derivadas.